

El plumero

El ablandamiento de vocablos durillos por ornamento o necesidad

Gustavo A. Silva*

CARRANZA, José Antonio J. (1989): «Valdés versus Equis», *Boletín informativo de la Asociación de Funcionarios Internacionales Españoles*, diciembre de 1989. Reproducido con autorización del autor.

Presentación

A comienzos de los años noventa del pasado siglo pasé dos años en Ginebra como traductor y revisor de la Organización Mundial de la Salud, a las órdenes de José Antonio Carranza, a quien considero uno de mis maestros. Entre las cosas que más admiro de mi antiguo jefe está su apertura frente al castellano en América, sobre todo porque, siendo él español, manifestaba sin ambages su postura en una época y en un ámbito, el de las Naciones Unidas, en los que aún podía uno toparse con resabios de la supuesta supremacía peninsular sobre la lengua. Fue por entonces cuando leí el artículo al que hoy le he pasado el plumero para presentárselo a los lectores de Panace@.

Haciendo gala de una prosa fluida, enjundiosa, clarísima y sabrosa (no encuentro mejor manera de describirla) el autor tiende un puente entre nuestra época y el siglo XVI, cuando nuestra lengua estaba en fase de consolidación y prevalecía un espíritu de apertura que dos siglos después vendría a ser sustituido por una cerrazón numantina de la que aún hoy nos está constando trabajo desprendernos. Miremos atrás, nos dice Carranza, y comprobemos que en el pasado nuestra lengua no opuso tantos obstáculos al cambio y gracias a ello es lo que es en nuestros días. Y si ha de seguir creciendo y enriqueciéndose, hace falta revivir el espíritu valdesiano.

* * *

Valdés versus Equis

José Antonio J. Carranza

Coriolano: ¿Queréis que os diga la verdad? No me plaze que seáis tan liberal en acrecentar vocablos en vuestra lengua, mayormente si os podéis pasar sin ellos, como se an passado vuestros antepassados hasta agora...

Valdés: [...] De manera que, pues yo no compongo vocablos nuevos, sino me quiero aprovechar de los que hallo en las otras lenguas con las cuales la mía tiene alguna semejança, no sé por qué no os ha de contentar.

Marcio: Dízeos muy gran verdad. Y vos, señor Pacheco, nos dezid ¿qué sentís destos vocablos añadidos?

Pacheco: Que para todos ellos yo de muy buena gana daré mi voto siempre que me será demandado, aunque algunos se me hacen durillos, pero, conociendo que con ellos se ilustra y enriqueçe mi lengua, todavía los admitiré y, usándolos mucho, a poco a poco los ablandaré.

Marcio: Esto es verdad, que ninguna lengua ay en el mundo a la qual no estuviesse bien que le fuessen añadidos algunos vocablos, pero el negoçio stá en saber si querriades introducir éstos por ornamento de la lengua o por necesidad que tenga dellos.

Valdés: Por lo uno y por lo otro.

JUAN DE VALDÉS. *Diálogo de la lengua*
(año 1536)

Leía yo el importante artículo de Fermín Alcoba «Las palabras de la tribu», aparecido en el Boletín precedente, cuando casi al final, en una cita de palabras ajenas, tropecé con una alabanza que, si acaso por desgracia la mereciésemos (las secciones de traducción de las Naciones Unidas y de los organismos especializados), bien haríamos en examinar si no sería mejor dejarla de merecer: «Más atento que ellas [dichas secciones] a cualquier solapada, pérfida infiltración de galicismos o anglicismos no hay: porque en eso consiste precisamente su trabajo». He aquí quintaesenciada la misión defensiva que se nos propone de aduana lexicológica, de avanzadilla que repela los intentos de infiltración: infiltración fea, contaminante, en el mundo incorpóreo y sonoro de nuestras palabras e ideas, de elementos extraños que disuenan, chirrían, usurpan, manciullan, sobran... hasta dejarnos, si entran en suficiente tropel, un idioma, o digamos mejor, en femenino, una lengua granujenta, deshonrada y cheposa. Temores estos a los que parece contraponerse la imagen ideal de una lengua dizque autosuficiente, en esencia tersa y pura, vestida con ropajes de pulcritud y corrección cortados según el patrón de clásicos y diccionarios. Sin dudar, esto es caricatura, y nadie, ni el autor de la cita, deja en la realidad aquí y allá de comprender que tenga que haber deslices y concesiones, más numerosos por fuerza ¡ay! en tiempos tan revueltos y vertiginosos como los nuestros. Pero los principios son los principios, y una cosa es que en el cine de barrio se cuelen cuatro pilluelos y otra abrir de par en par las compuertas; una el uso parco del cuentagotas y otra el chorro turbio de la mezcolanza. También los pudores son pudores, y el

* Jefe del Equipo de Traducciones, Organización Panamericana de la Salud, Washington, D. C. (Estados Unidos). Dirección para correspondencia: Isilvagu@paho.org.

rigorismo, rigorismo. Casticismo oscila entre castidad y casta, purismo es hermano de pureza y cómo no ver algo de virgíneo en el crispamiento ante la penetración de vocablos y palabras errátiles que irrumpen en las penumbras del gineceo.

Es cierto que de sensibilidad no hay nada escrito y que para uno será música o, en cuestión de voces foráneas, simple palabra instrumental y útil lo que a otro le hiera el oído. No hablo, pues, de gustos personales ni de sustituir, aun cuando alguien pudiera hacerlo, la proscripción y el cierre por la aceptación y el uso obligados. Cada quien es dueño de su lenguaje y de sus palabras, mientras que la discusión aquí es en el terreno de los criterios, de lo conveniente y lógico desde el punto de vista de la generalidad y de las necesidades del castellano en tiempos, así es, tan revueltos y vertiginosos en lo lingüístico como los nuestros. El purismo tiene, si se mira hacia atrás, lo simpático de la mitología y la nostalgia, de la cándida sinrazón y la entereza, pero también, si se mira hacia adelante, los males de la utopía empobrecedora y de un empecinamiento incorregible, mortal para la lengua si en todo se saliera con la suya, pero que no deja de dañar por su acción disgregadora y retardataria, pues pone íntegra la mirada en la fidelidad a un corpus constituido y la desvía de la lengua como cuerpo que ha de medrar con vitalidad y bullicio.

Entre los muros de una mancebía

Comenzaré por el pasado. Me hace la impresión de que el afán purista, la desazón y el repudio ante el barbarismo léxico son bastante recientes, fenómeno sólo en parte explicable porque sea en este último siglo y medio cuando nuestra lengua se halla en fase importadora cada vez más acelerada. El purismo se enterca en preservar y rescatar la pureza del idioma, lo cual no se compaginaría con que éste hubiera roto, desde antaño ya, virginidad y ayuno. Ahora bien, no sé a cuándo habría que remontarse para hallar una lengua, si no pura y casta, por lo menos presentable. Ya en 1611 Covarrubias en la dedicatoria de su *Tesoro* comenta sin pesar ni escándalo: «... y los que lo han intentado [colegir las etimologías de la lengua castellana], vencidos de un trabajo inmenso, han desistido dello, por la mezcla de tantas lenguas de las quales consta la nuestra». Y menciona en otro lugar al mismo efecto: «... la latina, griega, hebrea y arábica y con las demás vulgares, la francesa y la toscana, sin la que llaman castellana antigua, compuesta de una mezcla de las que introdujeron las naciones que al principio vinieron a poblar a España». Más de un siglo después, en 1726, la recién nacida Real Academia, haciendo la historia de la lengua castellana, comenta: «Formada ya creció à su segunda edad, fortalecida, y enriquecida de muchas Voces, unas formadas de las que ya eran suyas propias, otras que cobró de la sujeción de los Arabes, y no pocas que tomó de la comunicación de los Teutones, Italianos, y Franceses...». Esa valoración ecléctica del pasado se convierte bajo el peso del clasicismo academicista, cuando se trata de su presente, en rechazo de las voces nuevas (v. g., *inspeccionar* o *pontificar*) y entre ellas figurarían, por inferencia, los extranjerismos léxicos modernos, sin que en cambio se muestre con éstos una inquina explícita.

Es retesabido que en el castellano han entrado numerosas palabras de muy diverso origen. También lo saben los puristas.

Lo que no parecen saber, al menos los puristas «sociológicos», o se hacen los desentendidos a la hora de sacar las obvias consecuencias, es que hayan entrado tantas, que se verían en muchos aprietos para hablar si tan solo renunciaran a las introducidas en lo que va de siglo, que se les abrirían boca y ojos si una lista les delatara el torpe origen de tantísimas palabras que sin sonrojo pronuncian aureoladas de antigüedad y decencia. Aunque en general tengan más de 100 años, ¿desde cuándo están entre nosotros *suplementario, funcionario, internacional, clasificar, financiero, romántico, sentimental, liberalizar, expropiar, cereales, camuflaje, boicotear, eventualidad, tatuaje...* e infinitas más? El mecanismo para así y todo persistir en el mito es sustituir la lógica y el conocimiento por la subjetividad. Cada decenio, desde siempre y más ahora, nos trae bandadas de palabras nuevas. Las que ya revoloteaban en nuestra juventud las asimilamos con todas las demás, sin que hiciera al caso que hubieran nacido cinco años o varios siglos antes. Las otras llegaban «durillas» y tardías para el conformismo tradicional. Me refiero aquí sobre todo a aquellos niveles del lenguaje un tanto neutros, alejados del habla cotidiana interpersonal en la que tan importantes son el eco, las adherencias afectivas y el poder de evocación de las palabras. Aquellos niveles son los del lenguaje científico y administrativo, enderezado al análisis y a la transmisión de datos y conceptos, niveles menesterosos de flexibilidad, funcionalidad y apertura, abocados a la innovación, a expresar conciso y bien, sin aguachirle ni rodeos, nociones abstrusas, o novedosas, o complejas, con un instrumental léxico ceñido, cabal y facilitador; un lenguaje, como el de los grandes países que nos rodean, y unos hablantes que, sin pensarlo veinte veces ni a remolque decenal, sepan inventar, resucitar, verbalizar, adjetivar, substantivar en aras de la expresión ágil y precisa. Es preferible que eso se haga *motu proprio* y partiendo del patrimonio familiar, pero no es grave que sea bajo el acicate y el pie forzado de una expresión acuñada en otra lengua, como tan frecuente es en las organizaciones internacionales, pero también en el mundo del periodismo y la edición, puertas de entrada y «bautisterios» para hechos, modas, actitudes, ideas y objetos que nos vienen del ancho mundo con rapidez avasalladora.

Lo importante es no enmudecer ni balbucir, y menos todavía por sacrificio a un casticismo estreñido, idólatrico e inexistente. Si Covarrubias y la primera Real Academia se hubieran puesto, cosa que no hicieron, en el plano de la pureza, hubieran pensado, ya entonces, que no había mucho que salvar. Aun venido de tierras lejanas, no mancilla a una lengua nada que le dé frescura y vigor, porque, si la mancillara, fuerza sería confesar que la lengua castellana, a más de su pecado original, se había hecho adulta entre los muros y tráfgos de una mancebía. Como para que hoy, a buenas horas, fuese a ruborizarse por una uve doble soez o una palabrota bárbara. Pero la historia de todas las lenguas es así, y si alguna se ha mantenido impoluta, agradézcaselo a accidentes de la geografía y de la historia que le han dado pobreza seráfica en recompensa de su enclaustramiento. A falta de poderse ufannar: «¡Espein is diferen!», sirva «Cosi fan tutte» de consuelo al purista. Mejor en todo caso la resignación que la pertinacia, meritoria y estéril, de quien, atrincherado contra tales

o cuales expresiones o palabras, no cesará jamás: rebasado, retrocederá, pero sólo para cavar nuevas trincheras, forjarse nuevos enemigos y servirse del aguijón no para agujinear con él, sino para cocearlo.

La pureza cojitranca o la circulación del cuadrado

Un rasgo definitorio del casticismo es el deseo inmoderado de autosuficiencia y el considerar en el fondo el préstamo lingüístico como un signo humillante de penuria. Le avergüenza la palabra fuereña, viendo en ella la ostentación de una deficiencia, de una inferioridad. De ahí la reacción: «Ya tenemos palabra para eso. Las lenguas ricas no pordiosean». Y para demostrarlo se echa mano de una definición a bulto, se desdeña el matiz y la connotación, cayendo en una actitud contradictoria: todos juzgan riqueza la sinonimia abundante, nadie piensa que la serie «*terral - terráqueo - terreño - térreo - terrero - terrestre - terrino - terrizo - terroso*» debiera quedar reducida a una sola palabra comodín o, mejor aún, ser erradicada y cincunloquiar con «tierra», o que haya sido una complicación y un despilfarro formar, por un juego de desgajamientos, «*huelgo - huelga - holganza - holgura - holgorio...*» Todo para decir luego elefantiacamente que tal neologismo no debe entrar porque ya tenemos su equivalente y «para qué dos cuando ya hay uno». Ahora bien, pensar así no es aquilatar, sino hacer relojería de precisión con manazas y manoplas puestas. El desenlace lógico de ese criterio reduccionista sería proceder a la depuración (otro pariente de puro) sumarísima de tanto sobrante que puebla, felizmente, [la obra de] buenos escritores y diccionarios. Pero erradicar lo prescindible es renunciar a la filigrana, la elegancia y el lujo. «No tenemos ya palabra para eso?»: pregunta con ínfulas de tapabocas, como si una palabra para nacer o avecindarse tuviese que mostrar certificado de hija única o de futuros servicios imprescindibles e imperecederos, como si una palabra para tener hueco tuviera que hacer con las ya asentadas obra de degüello o desgajadura. Pero, tan elemental como parece, es ésa una pregunta pobre y retórica: como decir para qué sale la luna cuando ya tenemos antorchas y linternas. Tal vez, en el fondo, es que al purista no le gusta la luna ni la profusión en primavera de flores y mariposas... y que no es su órgano de pensar, sino el de sentir el que renquea. Sopesado con sensibilidad, apenas hay extranjerismo léxico que no tenga su razón de ser. Teniendo en cuenta el total de las funciones del idioma, raro será que sean por completo gratuitos y supervacáneos. Cuando entran y se quedan, o llenan un hueco o acaban haciéndoselo: como *mitin* o *iceberg* que en inglés serían *reunión* y *montaña de hielo*. No es lo mismo *perestroika* que reestructuración, *esnifar* que husmear u olisquear, goloso o sibarita que *gourmet*, tienda que *boutique*, *casus belli* que caso de guerra, hinchado o aficionado que *fan*, *amateur* o *diletante*, *rally*, *trekking*, *boat-people*, *chip* o *gadget* que... ???

Se trata en definitiva de si un «ismo» humilla y acompleja o, globalmente, enriquece y da esplendor... o siquiera facilita. Tal vez fuera la lengua prestamista la que podría reclamar a quien se alza, tan sin sudarlo, con el fruto hurtado de una gestación secular o de un chispazo de ingenio o con la espuma de palabras de un hondo proceso creador en el pensamiento, la

ciencia y la técnica. Pero no se aprecia lo que está a nuestro alcance, gratis y desprotegido. Si fuera, en cambio, un riguroso toma y daca de palabras bien contadas, o un préstamo temporal con devolución a fecha fija... Haría falta que cada pueblo tuviera registrado su tesoro de palabras y que hubiera que pagar por aprovecharse de él para que nos reconocieramos deudores suyos. Quizás, por cautela, conviniera apropiarnos de lo más selecto de ese tesoro verbal antes de que, en una ventolera de legítima codicia, quieran lucrarse aprisionando y vendiendo lo que todavía podemos agarrar sin más al vuelo. Mientras tanto, hablamos de préstamo léxico, pero decimos mal pues lo que hemos tomado de árabes, franceses, anglosajones, catalanes, griegos, aztecas, incas, italianos... no tenemos intención de devolverlo. Hay un casticismo que diríamos bueno y lúcido, pues si bien se resiste a tomar palabras de otras lenguas, es al menos, en compensación, abierto y creativo con el fondo propio, con tantísimo como pueden aportar las áreas más dispersas del idioma común. Pero hay otro ruín y ojituerto que frena con manos y pies y se amuralla por igual contra todo lo nuevo, venga de dentro o de fuera. Para él, lo no trillado es horrisono y, en un mundo en crecimiento, jadea y se extenua por embutirlo todo en la misma ropa angosta de un ayer, más que amado, malentendido.

La corrección como tabique y condena

Esto nos lleva de la mano al sentimiento exagerado de la corrección, una corrección desencarnada, ahistórica, que desempeñase en el campo de la lengua el mismo papel que la verdad o la moral en el de la religión o la filosofía. La corrección a ultranza, así entendida, es muy perjudicial, pues así como verdad no hay más que una y en su nombre tachamos al que no comulga con nosotros de ignorante o herético, engreídos con nuestra corrección o duros como témpanos en nuestra certidumbre de poseerla, descalificamos como incorrectas las dicciones que se aparten de nuestra norma, sin entender lo relativo, lo volátil de ésta ni el trasfondo histórico y social que suele haber tras lo diverso. Tienden así a desaparecer la norma plural y la categoría de lo diferente, susceptible de respeto o apropiación. A nuestra corrección se opone la ajena... cada uno habla mal a juicio del otro y cada cual, condenado, se yergue para lanzarle al otro la misma condena, se rompen los puentes, y se divide la savia que por un mismo tronco debería alimentar todas las ramas. El «correcto» tiene todo que enseñar y poco que aprovechar o aprender.

Sin embargo, la corrección, en su ser, con el cebo de la distinción social, si alguna legitimidad tiene es la de proteger la comprensión mutua y la unidad en el tiempo y en el espacio y tiene la función reconciliadora de evitar la disgregación. Es un punto gramatical y verbal de encuentro, un terreno común, pero ha de serlo *cum mica salis*, manga ancha y permisividad. Y sobre todo apertura asimiladora. De espaldas a la momificación sacral, la corrección es una búsqueda permanente de equilibrio entre la fijeza, provisional, y el cambio inevitable, y la solución es intercomunicar, universalizar lo más posible los cambios surgidos aquí y allá, derribar los compartimentos lingüísticos estancos para, con lo diverso, ir alimentando la gran corriente común del habla, irlo subsumiendo en nuevas formas

de corrección renovada. Todo esto es casi automático cuando hay un grupo irradiador muy predominante o en el seno de una comunidad nacional de vida estrechamente compartida (incluidas la televisión, la prensa y la industria editorial), pero no lo es tanto en otras circunstancias, que pueden requerir, sobre todo en los profesionales del idioma y en los poderes públicos, una política lingüística consciente, animada por una actitud integradora. Poses de campanario, simpáticas en un lugareño, empiezan ya a deslucir en el maestro de la aldea y desentonan más arriba. Aquí serían oportunas cuatro consideraciones de geolingüística elemental aplicada al castellano: mentaré tan sólo a los que estamos lejos en un trabajo y unas organizaciones que nos deberían hacer especialmente sensibles a la vertiente internacional de nuestro idioma. La vía del porvenir no es la del purismo y la corrección ultrancista, sino la del enriquecimiento en la unidad. Para intuir el próximo futuro no hacen falta dotes de profeta: dentro de poco, en todos nuestros países, generaciones enteras de jóvenes sabrán algo de inglés y todos somos parte de una civilización global, en la que objetos, ideas, formas de vivir e imágenes vagabundearán sin trabas. Es inevitable que adheridas a todo eso entren, de contrabando, muchedumbre de palabras advenedizas, hasta que nuestra lengua sea, aún más y como todas, lenguaje mestizo y posada donde se aquerencien palabras viajeras. Pero, por si a alguien le sirve para desacomplejarse: gran parte de los anglicismos es simple rescate de palabras latinas e, hijos de Roma, muy tesoneros tendríamos que ser en el saqueo de sus diccionarios para llegar a tener tantas palabras de hechura anglosajona o germánica como ellos tienen de raíz latina. Ahora, a resarcirse tocan. Pensemos, por añadidura, que la mayoría de nuestros neologismos importados eran también novedades en la lengua de origen, surgidas sea de nuevo cuño o por corrimiento semántico. Reflexionemos, pues, en que antes de ser neologismos arramplados en castellano eran neologismos en lo absoluto.

Entonces, ¿qué?, ¿ceder al prurito del neologismo a mansalva, sin ton ni son? Cada hablante es un punto de confluencia entre lo subjetivo y lo social, y lo social saldrá por sus fueros: no se dejará anegar en una riada que supere su capacidad de absorción y se resistirá a todo diluvio de importaciones veleidosas. Pero su defensa no es la crispación y la censura, sino los oídos sordos y la criba del tiempo. Habrá mucho de efímero entre las novedades, pero no practiquemos censura previa por horror a lo tal vez superfluo, ni cometamos contra las generaciones futuras el yerro y el despojo de que nosotros hubiéramos sido víctimas si las que nos precedieron se hubieran cerrado a palabras que, ablandadas y amasadas, se han fundido con las de viejo sabor hasta ser porción rica e indistinguible de nuestro hablar y escribir. Lo bello, en lengua, no está reñido con lo funcional, ni lo antiguo con lo venidero. Hace días tuve que leer el documento onusiano JIU/REP/88/6: me admiró su castellano ajustado y dúctil, el vocabulario variado, la frase estilosa tan administrativa e hispida. No es sin duda casual que el autor, sensible a la fealdad sinfónica del fondo y de la forma, fuera *además* desprejuiciado en emplear esos terminajos utilitarios de acuñación obligada para despachar con exactitud, a lo facilón y sin rodeos, tanta elucubración tecnicoide y organizacionil. Es que el buen escribir y la apertura pragmática a todas las facetas de lo nuevo

nacen ambos de una misma vivencia del hablar y la palabra como un hervor ora instrumental, ora estético.

Hemos visto proscritos con saña igual el anglicismo y el galicismo, como fuentes principales de importación léxica, pero ello resulta indiferenciado y simplista. Si se parte de una visión preocupada por la unidad de nuestro idioma, el verdadero problema está en aprovechar cada vez, en lo posible, el mismo manantial. Si *elevator* y *reversa* son transposición de *ascenseur* y *marche-arrière*, también *ascensor* y *marcha atrás* lo son de *ascenseur* y *marche-arrière*. Esta disparidad en la fuente de aprovisionamiento constituiría, multiplicada muchas veces, un problema de disgregación lingüística de proporcionada gravedad. Es, pues, importante que lo tenga muy en cuenta cualquier política del idioma y que se procure preferenciar las soluciones que causen un disloque menor, en función de los intereses del castellano. Huelga decir que todo esto se podrá armonizar más a tiempo y mejor desde una postura de permeabilidad que con actitudes puristas que nunca pararán el goteo de extranjerismos, pero sí potenciarán guirigay y desconcierto.

Por los bares de Numancia

El castellano necesita una acción consciente y muchas manos ayudadoras. Nadie se me ocurre con tantos brazos a su disposición y prestigio como la Academia para encauzar y hacer labor pionera y de concordia, pero mal podrá conciliar sin ir a la cabeza, pues a quien vaya a la zaga difícil le será reagrupar a los desparramados y enderezar lo ya duro y torcido. Aparte de publicar esa achacosa decretal en dos tomos en la que se rinde a las evidencias y va dando el pase canónico a ya desdentadas palabras, debería hacer, promover y coordinar un trabajo lexicográfico que esté al quite y avizore, como Valdés, los huecos y necesidades de la lengua, lo recién nacido y lo por nacer, atenta al hecho lingüístico para divulgarlo en boletines humildes y presurosos, más descriptivos que normativos, pero con la contundencia y el ejemplar valor de la oportunidad. Nadie mejor que la Academia, madrota, papanatas y huevona para el mexicano Raúl Prieto, machista para la guatemalteca Luz Méndez, carcamal, comulgante, etérea, pelucona y pachorrera para otros y para mí (¿qué tanto habrá de súplica y esperanza soterrada en esos denuestos?), nadie mejor que ella para mover esos brazos y organizar un buen servicio de carabelas parleras entre sur y norte y entre ambos lados del mar: para comunicar, rescatar bellezas y aciertos para todos contra la incompreensión torva, el desdén cardenalicio y la ignorancia descomunal. Lo deseable es un castellano asimilador de lo diverso, no demacrado según fórmulas de mínimo común denominador, espectro exangüe éste que asoma en publicaciones de pretensión transnacional y lógico reflejo de una práctica lingüística compartimentada, medrosa y miope.

Talante más que ideario, el espíritu, achaparrado ya, de Numancia sigue en pie y vigías recelosos y rígidos otean sobre torreones en ruinas. No ven que su Numancia es en realidad un espejismo, que la muralla está derruida y que, para colmo, por los bares de la ciudad, romanos y numantinos fraternizan y copean. ¿O seguirá en su cerro esa Numancia erizada y espiritual ganando estérilmente victorias pírricas?